

PAUTAS DE ORACIÓN

Fraternidad Misionera “Verbum Dei”



16.01. EXPERIENCIA PERSONAL DE FE... EN COMUNIDAD

Introducción:

Todos somos conscientes de que el hombre está llamado a vivir en sociedad. Un ser humano sólo no puede mantenerse / desarrollarse plenamente. Existimos porque otros seres nos desean, nacemos en una familia en la que somos cuidados, alimentados, ayudados,...

En la vida espiritual es lo mismo, en ella también alguien nos desea, más allá de nuestros padres, de nuestros abuelos,... Nuestro Papá Dios desea nuestra vida más que nadie. Es Él quien nos ayuda a encontrar una familia que nos ayude a crecer.

Hemos profundizado últimamente que Jesús nos envía a anunciar todo lo que hemos visto y oído pero esto no es una realidad abstracta para nosotros: corresponde al hecho de transmitir la vida familiar que llevamos dentro.



Jesús lleva dentro el gozo de la convivencia con el Padre y busca que nosotros gocemos también de ella¹. Él pasaba noches y días dialogando con que le daba el ser: su ser era propiedad del Padre.

La comunidad cristiana tiene su explicación en Jesús: De la misma forma que Jesús habla con el Padre nosotros estamos llamados a hablar con Jesús y “esa relación con Jesús es la que deja lleno mi corazón”. “De algo que me alegro mucho es del centramiento en Cristo que veo en todos y del apoyo que tiene una Rama con otra sin hablarse. ... la persona casada o célibe que se entiende con Él tiene consistencia...” (cf. T. 94, 5)

“La unión de la comunidad cristiana está basada en la unión de cada fiel con Dios, en Cristo.” (nota Biblia de Jerusalén en 1Jn 1, 4)

¹ Cfr. T. 94, 6 de ASÍ SERÁ TU DESCENDENCIA, libro recientemente editado por Isabel Fornari que transcribe textos de la oración de Jaime Bonet en 1981 y que vamos a utilizar como lectura espiritual esta semana en este tema 94.

La primera comunidad cristiana surge de la oración de Jesús.

Jesús no realizó su obra solo. Marcos nos cuenta que subió al monte y llamó a los que él quiso y vinieron donde él (Mc 3,13). Me encanta el detalle que añade Lucas: “Sucedió que por aquellos días **se fue Él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios.** Cuando se hizo de día, **llamó a sus discípulos, y eligió doce** de entre ellos, a los que llamó también apóstoles” (Lc 6, 12-13).

Sabemos que el “monte” es, para el Pueblo de Israel, el lugar del encuentro con Dios. Jesús busca encontrarse con el Padre en el “monte” y allí mirando desde arriba, con la mirada del Padre de todos, busca quienes puedan “estar con Él” para “enviarles a predicar” (Mc 3,14). No es una acción fortuita, los nombres de los Doce han sido elegidos en contacto con el corazón del Padre y cada uno es importante para dar testimonio en comunidad. ¿Eran perfectos? Sabemos que no, aunque estaban cerca de Jesús vivían muchos momentos de anemia espiritual por falta de una relación tú a tú con el Maestro. Él está ahí pero no siempre le entienden, no siempre le creen, no siempre le secundan, a veces tienen otros intereses. Sin embargo es a través de ellos que el Señor va a desarrollar su amor hasta el extremo... A todos los hace suyos, por todos ora. Ante su abandono Jesús sigue orando, no tiene su corazón centrado en la respuesta que ellos le pueden dar sino en el Amor que recibe del Padre (cfr. T. 94, 15-18).

Jesús vive y enseña que el anuncio del Reino, para todos, no depende de la respuesta de los hombres sino del deseo ardiente del Padre.

“La vida apostólica tiene su punto de arranque en la vida orante” (nº 19). Jesús vive a la escucha del Padre y anuncia a los suyos lo que ha recibido de Él (Jn 15,15). En esta relación amorosa del hombre con Dios es donde se da el Reino. Muchas veces esperamos llegar a ese lugar maravilloso en el que todo sea Amor ¡y lo esperamos para después! pero el Reino está entre/dentro de vosotros (Lc 17, 20-21), justamente en esta relación interpersonal con el Padre por medio de Jesús en el Espíritu... Ellos desean esta unión con nosotros, por



eso nos llaman a ir hacia Ellos, a vivir con Ellos...

Los apóstoles “vinieron donde Él”, no fue Él hacia ellos. Les invitó al lugar de su conexión con la divinidad que está dentro de Él y también de ellos, y también de nosotros... ¡acerquémonos a su corazón, a esta intimidad maravillosa! Solo el apóstol que apoyó la cabeza sobre el pecho de Jesús llegó hasta la Cruz de la mano de María...

En contacto con su interioridad... (cfr. T. 94, 7-9)

Siendo cierto que tenemos que buscar a nuestros hermanos allí donde ellos están, también es cierto que no podemos dejarnos sumergir en sus realidades faltas de fe: “olor a oveja” ¡sí! pero desde



la mente y el corazón del Buen Pastor que conduce a sus ovejas a buenos pastos...

Jesús mismo no se permite hacer y deshacer a su antojo: “yo no hago nada por mi cuenta... lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo...” (Jn 8, 28). Todos sus gestos y sus palabras son la

expresión de una obediencia interna al Padre que, desde lo más profundo de su ser, le envía cada día a sus hijos, a su familia...

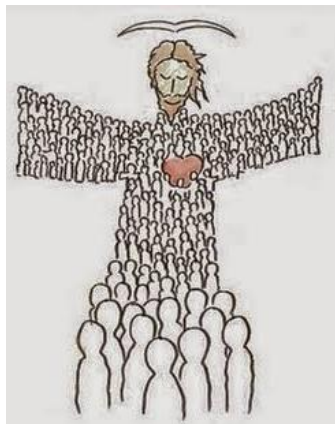
La comunidad cristiana, pero también todo grupo humano que quiera fundarse en la fe, necesita entrar en este espíritu de que cada uno se ponga al servicio de los otros desde la interioridad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, desde la Pasión de Amor que motiva la unión trinitaria con toda la humanidad.

Vamos a pedir al Espíritu que nos dé durante este mes el don de la Sabiduría para comprender cuanto nuestra oración está inserta en la dinámica de salvación del mundo. ¡Que ellos nos enseñen a orar! Sin la conexión íntima con ellos las relaciones humanas son “lugares de discusión de las bellotas con los cerdos”, defensa de intereses personales constantes y la llegada del Reino se retrasa...

Para eso Jesús nos repite hoy: “Velad y orad, para que no caigáis en tentación”. “La falta de oración provoca anemia, falta de amor, falta de fe e ilusión. El fervor, el gozo, el entusiasmo, dependen de la oración. ¡Es preciso orar!” (nº 21).

Unidos en un mismo Cuerpo (Rm 12, 3-21).

¡Éste es el secreto! La comunidad cristiana no surge de las simpatías ni de las empatías. Podemos ser muy diferentes pero si tenemos un mismo horizonte podremos caminar juntos. Las diferencias no son obstáculo cuando todos nos ponemos al servicio,...



“Sólo estando en Él, teniéndole a Él y conviviendo con Él experimento que «nada me falta, solo Dios basta», pues Jesús me pone en contacto con el Padre y con todos mis hermanos”. (cfr nº 4).

Justamente lo que dificulta la vida social y también la comunitaria es esperar que los otros me colmen, me satisfagan personalmente. Entonces “nada me basta” puesto que estoy pidiendo comprensión a corazones tan faltos de vida como el mío cuando camina sin Dios.

Pero si partimos de que todos somos UNO en Él... El secreto es darme cuenta de que lo que me satisface es estar conectada con la Cabeza de este Cuerpo: Él es quien me da la alegría, la satisfacción. NADIE MÁS PUEDE SATISFACER MI CORAZÓN.

Por eso nuestro horizonte, nuestra composición de lugar para la oración de cada día, es que el Cuerpo de Cristo, el Reino de amor, camine y se desarrolle sano desde la comunión con Él.

Cuando cada célula del cuerpo se orienta a recibir la sangre y el alimento que necesita del único que se lo puede enviar, puede vivir feliz sirviendo a todos... y eso aunque hubiese algún parásito que viva a costa de los demás o que no entiende y busca “chupar de la sangre de otros”: “Si estáis unidos a mí daréis mucho fruto, porque separados de mí no podéis nada” (Jn 15,5).

Y cuando nos despistemos buscando la paga en otros y nos cansemos de “hacer cosas por los demás” siempre podremos volver a su regazo y encontrar consuelo y alimento (Mt 11,28: “Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso”). Esta es la gran diferencia de una entrega altruista simplemente humana y la entrega que nace en el amor del Padre hacia todos sus hijos: cuando tengas ganas de dejarlo todo, Yo te pagaré.